



**DE DICTADORES, ÁNGELES  
PEATONES Y PECADOS RENOVADOS**

Libro fábulo-ensayístico

JOSÉ GUILLERMO ÁNGEL R.

Comunicador Social U.P.B.

Columnista del Periódico El Colombiano. Columna Tierra de Nadie.

**Seudónimo:** Iosef Malaji



Un texto sin remordimientos.

Cuando hablamos de América Latina, las imágenes nos remiten a dictadorzuelos, ángeles perdidos y gente pecando. De eso trata este escrito.

### PREÁMBULO

Siempre he creído que un ensayo debe estar precedido por una fábula (Montaigne mezclaba sus ensayos con historias) para poder entrar en razón. Aquí en América Latina (esta Homérica latina donde se canta a la fabulación,

como anotaba Marta Traba), somos en el prodigio, el milagro, la frustración y la muerte violenta o en el olvido, que viene a ser la misma cosa. Bailamos y cantamos rancheras y corridos que hablan de masacres y emboscadas; salsas sobre bandidos infames; cumbias que maldicen navidades y tangos y milongas donde los muertos terminan detenidos en la comisaría. También bailamos el amor imposible, la campesina de cuerpo urbano (no la de manos grandes y pies anchos, como dice Jorge Amado que es la que se evidencia en cacaotales y cafetales). Somos desmesurados, demenciales,

operáticos. Quizás todo se deba a este calor que dilata los cuerpos y nos lleva al sin sentido, a la selva que nos digiere vivos y a los páramos donde se muere uno sin darse cuenta. Convivimos con los extremos, en el ejercicio permanente del eros y el tanatos, con la razón siempre afiebrada, las manos vacías, la piel violentada, los ojos cargados con percepciones difusas y la irrealidad del ambiente. Somos en el no-ser, fruto de tanta ilegitimidad, y por eso vamos tan poco a una parte fija. Fernando González dijo que todo esto se debía al complejo de los orígenes inciertos. Octavio Paz habla de violaciones repetidas hasta el cansancio. Juan Rulfo, de muertos que se buscan para vengarse.

**¿Qué vemos?** Dictadores, prepotencias, desmesuras, miedos disfrazados, eso. Nuestras democracias son dictatoriales, esto lo tienen muy claro los cuerpos de seguridad y las fuerzas del orden. También los que manejan el dinero y los bienes de capital, las decisiones y las porterías, dictadores estos enaltecidos por la propiedad privada y la escala social. Continuamos en la edad de la Conquista, imponiéndonos con el temor, en ocasiones atroz, en las más, sutil. Creemos en el poder de la dictadura, por eso las guerras particulares no hallan tregua. Asistimos a la guerra, a los generalatos oficiales y privados que van en vehículos blindados y viven a puerta cerrada rodeados de vigilantes y perros adiestrados en malas castas. Y de todo esto nos bur-

lamos, porque somos pacientes como los muebles Luis XV.

**¿Qué vemos?** Ángeles peatones, espíritus que llegan por aquí y quedan atrapados. Y entonces se enloquecen y cuentan historias equivocadas, deshilando la realidad y proponiendo sueños vanos. Muchos sueños, para que nunca se acaben las reinas de belleza y los jugadores de fútbol de corte internacional, los premios gordos de la lotería y los milagros para que el trabajo lo hagan los santos. Vemos mucha imaginería rococó, para leerla y reinventarla. Somos gente de imágenes fijas y repetidas y así la memoria no nos falla. Ni siquiera aunque nos escondamos, que esas imágenes de alguna parte salen y nos acaban avidenciando. Somos lo vano y los bares se llenan para oír cantos a cosas que nunca existieron. Y para desear lo del otro, mientras miserabilizamos lo que tenemos. En el ejercicio de la pobreza, hay que drogarse con los sueños que hacen del cuerpo (y de dar la razón al que tiene el poder) un valor de cambio. De aquí que en esta América Latina todos tendamos a igualarnos por lo bajo, de esa manera crece la audiencia de cómplices y desesperanzados, de putas y de serviles. También de locos que gobiernan. Y de todo esto nos acabamos burlando porque parece que de alguna manera nos están haciendo efecto los rezos de lo indios Koguis.

**¿Qué vemos?** Pecados, inmensos sumarios de pecados renovados. Reza-

mos y pecamos, la idea de Dios hecha un fetiche, todos los sincretismos en crecimiento y el ejercicio de lo pecaminoso en marcha. Pecamos por envidia y codicia, por lujuria e inocencia, por miedo y por legitimación continuada de la muerte. Por esto William Faulkner influye tanto en nuestra literatura: sus bobos y sus alcohólicos nos tocan mucho, también sus crímenes. Pecamos con ansias, buscando arrepentimientos cada vez mayores. O jugándonos a que los pecados no tienen castigo, a fin de cuentas los que están arriba son los que más pecan y siguen subiendo, como si nada. Y en este ejercitarse en el pecado, creamos imágenes para pecar, incitadoras, justificadoras, perdonantes. Y de los pecados nos burlamos, porque el diablo entre nosotros es un pobre diablo. Claro que a veces el demonio toca la trompeta en una orquesta de son cubano, ritmo éste que tiene el encanto de lo venial cuando se baila decente. Somos imagineros e imaginarios en América Latina, gente que habita los opuestos y se justifica ante lo inevitable con toda clase de burlas. Burlados, resultamos ser los burlantes.

## INTROITO

Cuando Colón la vio, después de muchos mares de sustos y amotinamientos en los dedos y en las miradas, era la sirena más hermosa de la tierra. El almirante, alucinado, le miraba los labios y la ansiaba más porque de ella ema-

naban placeres nuevos y otros desconocidos.

Con los ojos muy abiertos, olvidado del sol y de los vientos, Colón le dijo al piloto que la siguiera, que no le fuera a perder la derrota, que se acercara a ella para verla de cerca y dejarse enloquecer.

-No canta- dijeron los marinos.

-Sí canta, pero por nuestros pecados estamos sordos a su canto- dijo don Cristóbal con mucha fe.

-Podría ser un encantamiento- murmuraron.

-Lo es, por encantamientos estamos llegando al fin del mundo-.

-¡Es muy fea!- gritó un grumete acercando una tormenta.

Entonces, Micer Colón cerró los ojos y la dejó ir. Y ordenó que exorcizaran al grumete que, con sus palabras inocentemente endiabladas, le había robado la belleza a la sirena más hermosa de la tierra. Y si no fuera porque don Cristóbal se sentía tan orgullosamente hereje, habría luchado él mismo contra ese demonio que había convertido a la sirena más bella de los mares en un seboso manatí.

## II

Los brujos y los hechiceros, cantando ensalmos en la lengua de los micos y de las serpientes y moviendo al aire los

cascabeles de conchas que sonaban como dientes en un cuenco de barro, los vieron llegar por el mar en unos peces con el lomo lleno de estacas.

Tenían la piel de colores y el sol en las caras; algunos también la noche; el cielo en los ojos y entre las manos truenos y dedos más afilados que los cuchillos de obsidiana. Hablaban lenguas que no conocían los papagayos y se enojaban con más furia que los demonios.

A esos dioses nuevos los vieron costear y entrarse en los esteros, remontar los ríos contra la corriente y perderse camino a la montaña luego de beber con sed de afiebrados aguas de lagunas y pantanos, devorar oro y hartarse de mujeres, comerse la mitad de ellos que tenían cuatro patas y morir de una manera extraña, sin aceptar la muerte. Los vieron aparecer y desaparecer como los huracanes y de nada valieron los ensalmos y los cantos de esos brujos y hechiceros que acabaron huyendo, perseguidos por sus propias magias.

De Dictadores.  
(Primera parte)

## FABULACIÓN 1

EL SEÑOR DICTADOR, mil medallas en el pecho y con las costillas emplomadas para hacerle frente a los

balazos, comenzó a beber pequeñas dosis de formol para mantener firmes sus carnes y sostener una mirada atroz en la cara.

Cuando bebía las pócimas, evitaba mirarse en los espejos y hablaba con una mano en la boca para que ninguno descubriera su secreto. El señor dictador tenía una guerrera tejida con hilos de oro, aleado con sangre de sus enemigos, y un palito de marfil para escarbarse los dientes. También tenía un anillo de hierro que ponía en la frente de los condenados para torturarles los pensamientos.

Nunca rió el señor dictador, pero amaba entrañablemente a sus nietos: por eso los hizo fusilar y conservó a su lado, siempre, sus retratos. Si hubieran crecido, qué habría sido de esa belleza de los primeros años, seguramente la hubieran perdido entre sospechas y atentados, envenenamientos y traiciones contra él.

Cuando murió el señor dictador, nadie lo supo en el país. Y por eso siguió gobernando muerto mucho tiempo. El olor que despedía, decían, era sus iras contenidas. Sus gestos cada vez más secos, su preocupación por la nación. Su desmoronamiento lento y verde, la brujería de sus amantes.

El señor dictador nunca sonrió, ni siquiera cuando ya no quedaba de él más que una calavera.

## ENSAYO 1

Tenemos un sueño y nos pasamos buena parte de la vida tratando de imitarlo. Concebimos una mentira y la vestimos para que la crean. Pero el sueño es ilegítimo porque fue tomado de otras tierras, de modelos ajenos, de incertidumbres, de tramoyas. Como las sirvientas de Genet, imitamos a la señora de la casa y nos hacemos caricatura de ella. O un kitch, cosa que también es válida cuando uno cierra los ojos. Las imágenes de América Latina son la mezcla de vencidos y huídos, de soñadores y tótems. Y cuando el símbolo funciona, se hace paradigma y no se cambia nunca más. Nos conformamos con poco.

## FABULACIÓN 2

TUVO QUE IRSE AL EXILIO porque ya no resistía más las sospechas de explosiones inesperadas y envenenamientos demenciales, porque presintió que su mujer lo ahorcaría cuando intentara el más mínimo sueño; porque ya no iba al baño seguro de que alguno lo podría castrar.

Se fue al exilio el Magno señor, con todos sus baúles y seguido por sus hijos de cara abotagada y por las mujeres de ellos, toda la familia haciendo planes para cuando él muriera.

Iba protegido el Magno señor por un sombrero panamá, blindado al inte-

rior, y por una joya labrada que lo protegía de todos los males. Y en el bolsillo de su chaleco llevaba una cajita de bronce donde estaba guardada su alma. Para poder gobernar, el Magno señor nunca había mezclado alma y cuerpo, sabía que era peligroso el gobierno teniendo algún sentimiento suelto.

Se fue al exilio el Magno señor, seguido por sus maquinarias capaces de hacer llorar tuercas de acero. También lo siguieron los pasos borrosos y las miradas bajas de los otros hijos, de los concebidos en catre ajeno. Y en el exilio, el Magno señor se puso a mirar y mirar, tanto que los ojos se le quedaron abiertos por siempre. Y trató de enloquecer pero no pudo, ya no tenía libertad para ejercer la locura. Entonces, en un descuido de la familia, intentó meterse en el cuerpo el alma que tenía guardada en la cajita de bronce. Y le dolió mucho, porque el ánima se le había convertido en una aguja oxidada y de punta abierta como una lengua de culebra que rompía la piel pero no entraba.

## ENSAYO 2

El miedo es caldo de cultivo propicio para imágenes atroces. Y nosotros, los latinoamericanos, convivimos con el miedo y la incertidumbre desde los tiempos de Pizarro y Almagro, el Tirano Aguirre y el padre Carvajal. Miedo por lo inesperado, miedo por la trai-

ción, miedo porque hay animales que representan al demonio y ya nos los hemos comido. Miedo para que Fernando Botero pinte figuras gordas que dinausarizan lo pintado, para que Guayasamín pinte gritos, para que Siqueiros cree levantamientos que terminaron en derrota. Miedo con imágenes, miedo más llevadero si las velas están prendidas.

### FABULACIÓN 3

EL PODEROSO SEÑOR, capaz de digerir los venenos más sutiles y de resistir las tormentas más endiabladas, llamó a sus magos. Y ellos, con paciencia y constancia, lograron convertir al Primer Ministro del poderoso señor en un perro fiel capacitado para capturar las piezas más difíciles, saltar muros altísimos y rastrear sospechas con una efectividad maravillosa.

Admirado con su mastín, el poderoso señor cerró los párpados y concilió al fin un sueño. Pero fue un sueño duro y seco, donde el perro de los magos atacaba ansiosamente el trono, rasguñándolo con rabia y dejando salir por la boca una baba que se convertía en un manojo vivo de brazos de pulpo cuando caía al suelo. Cuando despertó el poderoso señor, le contaron que el perro no estaba por ninguna parte, que la última vez lo habían visto tratando de entrar en los sueños del país.

Sereno y con la mano bordada de anillos protectores, el poderoso señor firmó un edicto donde prohibía dormir a todos sus súbditos, no fuera y se aliaran en sueños con el Primer Ministro. Pero el edicto se le convirtió en una piel de caimán que lo empujó a otro sueño donde los anillos, convertidos en víboras, le subían por los brazos y la cara buscándole la boca. Como pudo se salió de este horror y pasó a otro sueño horrible y de ahí a otro.

Se dice que el poderoso señor cayó en la trampa de ir eternamente por un laberinto de sueños salvajes que el Primer Ministro le tendió cuando se dejaba acariciar el lomo.

### ENSAYO 3

El miedo nos ha vuelto fetichistas. Y en el manejo del fetiche todos ponen a dioses y santos de su parte, ya para el bien, ya para el mal, ya para los arrepentimientos. Por eso se ve al ladrón que ora y lleva un escapulario atado al tobillo, pidiendo que sus atracos cuenten con la protección de la divinidad. Al sicario que se encomienda antes de salir a matar. Al ladrón de cuello blanco que promete un exvoto en mármol si la estafa sale bien. A la mujer putezca que ruega para que se dañe un matrimonio. Imágenes para controlar los temores, para confiarse, para sostener a toda costa la mentira.

## FABULACIÓN 4

EL GRAN SEÑOR DE LA TIERRA, eructando todos los poderes, se hizo vestir de gala y fue a sentarse al sillón enorme desde donde podía mirarlo todo y hacia donde todos lo miraban. Con la banda colorida en el pecho, las mil insignias brillando como un sol, las manos quietas sobre las rodillas y la quijada suelta para jugar tranquilo con la caja de dientes, el gran señor de la tierra miraba su obra. Detrás de él, su jefe de guardias, el palafrenero y su caballo, para que lo vieran con todo su poder.

Ese día no pasó nada, al siguiente tampoco. Sospechoso, muy sospechoso, porque cada vez que el gran señor de la tierra miraba su obra algo pasaba y él tenía que ordenar una ejecución. A la semana de estar sentado en el trono, el gran señor de la tierra entreabrió los ojos y decidió bajar a mirar más de cerca su obra. Pero no pudo hacerlo: al intentarlo, sintió que las charreteras le partían los hombros y que le faltaba la banda presidencial.

Mientras dormía, cosa que él no podía evitar en ese sillón enorme, habían enjaulado su trono y ahora lo llevaban de pueblo en pueblo, como parte de un circo, para mostrarlo junto con los pájaros sin plumas y los peces de piel aceitada. Había que ver a los niños tirándole piedrecillas para ver qué cara ponía.

## ENSAYO 4

Todo es realismo mágico en esta América Latina. Y en las desmesuras del trópico admitimos los macondos garcía-marquianos y los conciertos barrocos de Alejo Carpentier. Y allí, en estos mundos acalorados, lo increíble y lo ficcionado no es más que mera realidad. Es porque estamos soñando y en el sueño la palabra imposible no existe.

## FABULACIÓN 5

LA ÚLTIMA MÁQUINA que mandó a fabricar el generalísimo la tuvieron que probar con él, porque no quería creer todo lo que con ella se hacía. Primero lo ataron bien, no fuera y se manchara el uniforme. Y con cuidado le pasaron cuerdas por debajo del mentón, por encima del pecho, los brazos y las piernas. El generalísimo, serio, se dejó atar. Antes de que le llenaran la boca con estopa, dio la orden de que la banda tocara una marcha.

Los inventores de la máquina apretaron los tornillos, cerraron las argollas, nivelaron las cuchillas, aceitaron los piñones y pusieron la máquina en movimiento. El generalísimo se mantuvo serio mientras sentía cómo le estiraban la carne y le cortaban el cuero, ahogándose con la cuerda húmeda que le torcía el cuello, mordiendo con fuerza la estopa

para que no le notaran siquiera el ruido de la respiración. Cuando le partieron los huesos y había pedazos de generalísimo por todas partes, los inventores de la máquina pararon.

El generalísimo estaba furioso, se le notaba en los ojos abiertos y enrojecidos, en la cara cuadrada que iba del azul al magenta contrastando con la baba espesa y brillante que se le evidenciaba en las comisuras de los labios.

-¡Nada nuevo, nada! Con inventos así seguimos en peligro- dijo alucinado el generalísimo.

## ENSAYO 5

La duda, esta hija del temor, también genera imágenes. No se ven pero se sienten claro. Están en las actuaciones, en las miradas que no se enfrentan a los ojos, en los desprecios de lo cotidiano, en las envidias rabiosas, en las postraciones, en el ejercicio permanente de la alucinación. Hay un temor manifiesto a la realidad, por eso exigimos una ultra realidad que golpee con la fuerza de una cornada. Mientras tanto, cuando se quiere hacer una comprobación, se busca que sea hasta el cansancio. Pero antes del cansancio ya estamos dormidos. Pasa.